



DIÓCESIS DE CABIMAS

**Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín**

OBISPO

## HOMILÍA VIERNES SANTO, CICLO B. 29/III/2024.

Queridos hermanos:

Con un silencio meditativo, ustedes de rodillas y yo postrándome en el suelo, nos hemos dispuesto, con un corazón arrepentido y agradecido, a conmemorar la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo Único de Dios. Hemos escuchado que *“al llegar la hora sexta toda la región quedó en tinieblas hasta la hora nona. Y a la hora nona, Jesús clamó con voz potente: «Eloí Eloí, lemá sabaqtaní?» (Que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?»). Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró”*. Años después, el Apóstol hace un himno que recitaban de memoria los primeros cristianos: *“Jesucristo, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente, al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte en cruz”* (Fil 2, 6-8).

Les invito a que reflexionemos seriamente la gravedad de nuestros pecados que han sido la causa de la muerte de Jesús.

El Evangelio que acaba de ser proclamado pone a nuestra consideración la figura de Judas, el Iscariote, el traidor; y nos coloca ante la triste escena de la traición de un hombre que, después de una noche de oración, Jesús lo invitó a formar parte del Colegio Apostólico; fue testigo de muchos milagros y confidencias del maestro, quien hasta el último momento lo llamó “amigo”. Centremos la reflexión de este día en este personaje, que causa entre los cristianos una reacción instintiva de reprobación y condena, y las consecuencias de su pecado.

El Evangelio nos dice que Judas vendió a Jesús por treinta monedas de plata (exactamente el valor de un esclavo de entonces), por muy poco dinero, con razón dice el Apóstol San Pablo: *“el amor desordenado al dinero ha llevado a muchos a toda clase de males, los ha desviado de la fe y ha llenado de sufrimientos sus vidas”* (1Tim 5, 10). Y el gran San Agustín dice que la *“avaricia es insaciable, no teme a Dios ni respeta al hombre, ni perdona al padre, ni guarda fidelidad al amigo...”*. Judas acompañó a los guardias y, lleno de remordimiento, se quitó la vida, diciendo que había derramado sangre de inocente.

Sabemos, también, que él era el administrador del colegio apostólico, que era insensible y tenía su corazón apegado desordenadamente a los bienes materiales.

Quizá ese terrible pecado de la venta de Jesús fue precedido por otros más pequeños de robos a la bolsa de dinero, que tenían para subsistir. Un Padre de la Iglesia, afirmó: *“A Judas el demonio lo atacó con pequeñas tentaciones de robo. Y viendo que así le hacía caso le trajo luego la trágica tentación de vender a Jesús. El pecado grave no llega de improviso. Primero vamos diciendo sí a las pequeñas tentaciones y, cuando menos lo pensamos, hemos caído ya en el abismo del pecado mortal”* (San Juan Crisóstomo).

El Papa Benedicto XVI afirmó que entre las causas que motivaron a Judas a traicionar al maestro, puede considerarse que *éste se dejó seducir por el demonio “el demonio había puesto en el corazón de Judas, el propósito de entregarlo”*.

Nosotros, continuamente, estamos siendo tentados; la tentación siempre estará presente en nuestras vidas hasta el momento de nuestra muerte. Y si caemos en la tentación cometemos pecado. Pero antes de que suceda esto, el Señor nos advierte, nos concede su gracia, pues quiere nuestra salvación y felicidad, y el pecado sólo nos trae condenación y sufrimientos.

Jesús trató de evitar que Judas pecara y usó dos estrategias, las mismas que usa con nosotros cuando nos encontramos en una situación peligrosa.

- La primera estrategia: **enfrenta al hombre con su propio pecado**. Nos dice “mira lo que estás por hacer: piensa en las consecuencias que esto te va a traer”. Jesús le dijo a Judas, *“ay del que entrega al hijo de Dios, más le valiera no haber nacido”* (Mt 26, 24). Jesús, en todo momento, trata por todos los medios, que la persona se detenga, vea, piense y reflexione.

- La segunda estrategia consiste en enfrentar a la persona con Jesús mismo. Jesús, ante su pregunta *“Soy yo acaso?”*, le responde: *“tú lo has dicho”* (25). Es como decirle: puedes mirarme a los ojos, puedes recordar los favores que te he hecho, puedes pensar en el cariño que te tengo, puedes ofender a un Dios que te ha amado infinitamente y ha dado su vida por ti.

Lamentablemente, hacemos caso omiso a esos avisos que nos hace Dios y transgredimos el orden impuesto por Él, atrayendo todas las consecuencias negativas para nosotros y para los demás, pues el pecado es un acto de egoísmo exagerado. Es preferirse a uno mismo y anteponerse a Dios y a los demás, cediendo a las pasiones desordenadas que nos ponen como centro de nuestra existencia y negando nuestra naturaleza, que sólo se completa cuando se abre al prójimo y a Dios.

El pecado tiene dos consecuencias:

- Lo más terrible del pecado es que **no podemos volver atrás**, las cosas nunca quedarán igual. No podemos deshacer lo que hemos hecho. Pasa lo que le sucedió a un joven que tenía mal carácter: *“Su padre le dio una bolsa de clavos y le dijo que cada vez que perdiera la paciencia, debería clavar un clavo detrás de la puerta. Descubrió que era más fácil controlar su genio que clavar clavos detrás de la puerta. Llegó el día en que pudo controlar su carácter durante todo el día. Después de informar a su padre, éste le sugirió que retirara un clavo cada día que lograra controlar su carácter. Los días pasaron y el joven pudo finalmente anunciar a su padre que no quedaban más clavos para retirar en la puerta. Su padre lo tomó de la mano, y lo llevó hasta la puerta. Le dijo: «has trabajado duro, hijo mío, pero mira todos los hoyos en la puerta. Nunca más será la misma. Cada vez que tú pierdes la paciencia, dejas cicatrices exactamente como las que aquí ves.» Tú puedes insultar a alguien, retirar lo dicho, pero el modo como se lo digas*

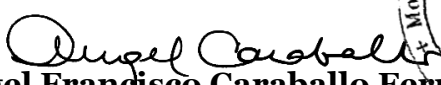
*lo devastará, y la cicatriz perdurará para siempre. Una ofensa verbal es tan dañina como una ofensa física”.*


- Otra consecuencia es que **uno puede llegar a odiar y aborrecer aquello que obtuvo por medio del pecado**: Judas “arrojando las monedas en el Templo, salió y se ahorcó” (Mt 27, 5).

Judas no se arrepintió de su pecado; lo único que tuvo fue remordimiento. Esta palabra significa “morder dos veces”, como un perro rabioso. El remordimiento es una rabia o disgusto por haber hecho algo que resultó mal, pero no un dolor de corazón por haber ofendido a Dios.

En estos días, se acostumbra a realizar muchas representaciones en vivo de la Pasión y Muerte de Jesús; en una de ellas, cuenta una persona, *“en pleno Viernes Santo una representación teatral de la Pasión de Cristo. En el momento en que Judas escenificaba su desesperación después de haber traicionado a Jesucristo, en un dramático monólogo, el apóstol traidor exclamaba: «¿Qué haré después de lo ocurrido? ¿Quién me acogerá? ¿A dónde podré ir?» En medio del silencio conmovedor de aquel teatro, se escuchó con nitidez la voz aguda de una niña que en su inocencia le pregunta a su madre: «Mamá, ¿y por qué no va a donde la Virgen?».*

Queridos hermanos: Judas podemos, hoy, ser tú o yo. Dentro de algunos minutos levantaré la Cruz y diré: miren el árbol de la cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo. Pidamos al Señor la gracia de tener un verdadero arrepentimiento de nuestros pecados, la valentía de acudir al sacerdote para recibir del Señor, a través de él, el perdón, y hagamos un firme propósito de no ofender a Dios, digno de ser amado sobre todas las cosas. María Santísima que acompañó a Jesús al Calvario, nos conceda esa gracia. Así sea.

+   
† Ángel Francisco Caraballo Fermín  
Obispo de Cabimas



**Prot. 2024/081**